

ufanos de haber sofocado con potente brazo el jenio infernal de la anarquía.

Soldados de la lei: el último, pero el mas grato de mis deberes es en este momento saludaros a nombre de la República, de cuyas instituciones sois baluartes. Os saludo a nombre de diez años de prosperidad y de órden asegurados por vuestro esfuerzo: os saludo a nombre del porvenir que habeis labrado lisonjero para la república, y del que sois los garantes.

CIUDADANOS.

El majistrado en quien deposito hoy las insignias del mando, sale del medio de vosotros, y lleva a las rejiones del gobierno el talento bienhadado de guiar la Patria hacia los sublimes destinos que que guardan. apoyad con entera adhesion! Las pasiones bastardas que perturban un estremo de la república, enmudecerán al grito de órden que lanceis desde vuestro puesto respetable. Un esfuerzo mas, y la obra de pacificacion de que os habeis encargado, quedará terminada; y dias felices se radiarán para los que habitan nuestros suelos siempre afortunados.

GUARDIAS NACIONALES: Vuelto desde hoy en adelante a la condicion de ciudadano, cifro toda mi gloria en colocarme a vuestro lado, i coadyuvar al afianzamiento del órden público i del imperio de las leyes. Encontrareis siempre el primero en esta senda honorable a vuestro jeneral—*Manuel Búlnes.*

SOLDADOS:

Ha llegado para mí el momento de devolver a la nacion la autoridad suprema de que me habia investido; i al verificarlo en la persona del benemérito ciudadano que ha elegido para sucederme, tengo la satisfaccion de presentarle en vosotros, firmes i denodados defensores del réjimen de la lei.

Depositario de la fuerza pública, habeis prestado durante mi larga administracion un religioso respecto a la Constitucion i al gobierno; i merced a vuestra lealtad, el tesoro inestimable de la paz pasa intacto al nuevo jefe que la nacion se ha dado.

Soldados: ese es vuestro mas glorioso timbre. La traicion quiso alguna vez empeñar el lustre de

vuestro honor acrisolado: la confundisteis mostrando que no podia encontrar cabida en pechos que alimentan pura la llama del honor: la confundisteis mostrando que pesaba sobre vuestras conciencias el deber sagrado en que estais constituidos de conservar a la República sus leyes, a la autoridad sus fueros, a los ciudadanos sus derechos i su tranquilidad. Cifrad en eso vuestro orgullo!

Soldados: ejercéis la mas augusta mision de que puede encargarse un hombre sobre la tierra, sosteneis el órden y la lei, y por vosotros la sociedad entera disfruta los bienes sin cuento que la paz derrama. Custodios del bienestar comun, habeis comprendido que las instituciones solo tienen derecho a reclamar vuestro apoyo, i que esa espada, que habeis recibido para la comun defensa, solo debe desnudarse bajo el estandarte sagrado de la patria que es nuestra única i querida enseña.

Desciendo a ocupar a vuestro lado el lugar que me ha designado la República. Me uniré a vosotros para luchar donde quiera que el deber nos llame: recojéred con vosotros nuevos laureles de los que la patria decreta a sus fieles servidores: i mi ambicion quedará cumplida si encuentro siempre en mis antiguos compañeros de armas la lealtad de que me han dado tantas pruebas.

Santiago, setiembre 18 de 1851.

Vuestro jeneral. *BÚLNES.*
(Araucano.)



El Jeneral en Jefe del Ejército Nacional

A Los Pueblos.

Ciudadanos: la voz de la Patria ha venido a sonar en mi oido en los momentos en que fatigado de una larga administracion, me preparaba a gozar del reposo de que disfrutan los que viven a la sombra de nuestras instituciones. La anarquía, la odiosa anarquía, osa levantar su frente abatida por dos decurias, y como si estuviese rabiosa de su humillacion, asoma sus cien esbezas amenazando devorar a un tiempo los bienes todos que hemos logrado obtener a costa de tanto esfuerzo. Vosotros ciudadanos, habeis respondido con el eco de la in-

dignacion a su nefanda llamamiento: la causa del órden ha sido proclamada en todas partes con ardorosa decision: cada pueblo se ha rivalizado en testimonios de adhesion al réjimen constitucional: los tiempos del entusiasmo y de la obnegacion patriótica parecen renacer de nuevo para la República. Llamado por el Gobierno a ponerme a la cabeza de este movimiento jeneroso, he recibido mi eleccion como un presente de gloria, si, porque despues de haber ocupado todos los puestos de honor que la República ofrece en la carrara del mando, ninguna mision mas lisonjera puede haber para mi corazon que constituirme en campeón de las instituciones, bajo las cuales solamente se disfruta de libertad y de progreso.

Marcho a las provincias del sur llevando, no las armas destructoras de la guerra, sino la oliva de la paz: marcho para hacer un llamamiento al buen sentido de los ciudadanos estraviados, y recordarles que por la paz la República florece; que por el órden se ha elevado al alto concepto de que disfruta en el mundo; y por el sensato acatamiento que ha prestado a la autoridad y a las leyes, se ha hecho la envidia aun de los pueblos antiguos de la tierra. Lamentable seria si se obstinase en su descarrío. Tendria que emplear entónces los recursos abundantes que el Gobierno ha puesto bajo mi mando, y contenerlos en el camino de perdicion a que se han lanzado temerarios.

Ciudadanos: tenéis derecho de exigir de todos los haudos políticos resignacion en su suerte, y respect ciego a la voluntad nacional lejitimamente expresada. Nadie puede sacrificar a intereses egoistas, los altos destinos de la patria, a los cuales está vinculado el bienestar de todos; os prometo que no seréis defraudados de ese derecho, y que la República no será privada de la joya inestimable de la paz, a que dais con razon tanto precio. Manteneos en torno de los majistrados que acabais de deros, y con vuestra aptitud imponente, mas bien que con la fuerza militar de que dispongo, los anarquistas serán confundidos.

Ciudadanos, viva el órden!

MANUEL BÚLNES.

chas de sangre medio diluidas con el agua, que salpicaban la parte inferior del calzon de su jefe, y dijo a su mujea:

—Esa sangre no es suya: anda con demasiada firmeza para estar herido en la pierna.

—Alabado sea Dios si no es suya, dijo la nodriza, igualmente quedito y persiguiéndose.

Estaba de tal modo anpapados los vestidos de Ewen, que a cada instante se estremecía de frio.

—No queréis mudaros? le dijo cariñosamente el ama de gobierno.

Ewen pareció no oírlo. Acercósele la buena mujea i le reiteró, infructuosamente tambien, la misma pregunta. Poniendo entonces lijeramente la mano en el hombro a Ewen, le dijo:

—No deis estaros mas tiempo con esa ropa calada de agua del mar y de la lluvia.

Despues de algunos momentos de tetrico silencio, salió Ewen de su abstraccion y dijo, como si quisiera dearse seguridad con sus propias palabras:

—Bah! si noviembre se llama el mes negro, mayo se llama el mes florido. Debo tener una cabeza mas débil que la de un chorlito para alimentar semejantes temores! No he librado de mayor peligro en que jamas me he visto? El que Mor-Nader sea un loco no es una razon para que sea hehiciero. Vaya, Ann-Jann, dame de cenar, dijo recobrando poco a poco la sangre fria y aspecto habitual. En seguida, me prepararás una taza de vino caliente, de que tomareis parte tú y Les-en-Goch.

—Y que lo beberemos a vuestra salud y por vuestro feliz regreso, señor Ewen, dijo el berton-

Pero en verdad que ha sido tentar al Señor el irse a hacer al mar con semejante tiempo.

—Al mar y con Mor-Nader, que es mas, virjen santa! si esos son peligros dobles! dijo Ann-Jann a media voz y atendiendo con actividad a los preparativos de la cena.

El nombre del piloto causó en Ewen una penosa impresion, y su semblante volvió a anublarse por algunos momentos: haciendo luego un esfuerzo sobre sí, repuso en tono festivo:

—Al contrario, ama; mas vale andar por el mar con ese viejo hehicero, que dica está casado con la borrasca; pero, por San Guenoc! que madama orroscosa ha zerrado hoy deveras a su marido: le ha sacudido hasta ensangrentarlo.

—Hasta ensangrentarlo, Señor Ewen!

—Yes estas señales encarnadas en mi calzon!

—Sí, señor.

—Pues bien, Les-en-Goch; tratamos de amainar la vela grande en un turbion; y eso, que estaba en el último rizo, cuando una oleada enorme, casi dió de las costillas del fondo, y, y... al caer, se abrió la frente. Por fortuna fué mas la sangre que el daño que se hizo.

Aunque Ewen quiso dar con entereza esta esplanacion, tenia tan poca costumbre de mentir, que no lo pudo hacer sin balbucear.

—Y estabais solo con Mor-Nader en el barco señor Ewen?

—Pues necesitábamos de ayuda? de cuando acá no somos capaces de manejar entre los dos una ca-

caja de nuez como aquella?

—Y se ha vuelto Mor-Nader a la isla de Sein con semejante temporal, señor Ewen?

—No, no, contestó Ewen con embarazo; hemos caldo en la ensenada Kerer; Mor-Nader le habrá pedido sin duda un dormitorio a Legal el pescador.

—¿Estais seguro, señor Ewen, de que pasará la noche en casa de Legal?

—Eh! por Dios; lo que es seguro absolutamente, no; pero lo supongo, contestó Ewen impacientado. Luego añadió, vaya, mi viejo compañero, ven a ayudarme a quitar esta ropa, que pesa cuatro arrobas y está tocada por el fraile colorado, como tú dices.

Les-en-Goch era demasiado discreto y respetuoso para haber de preguntar a su amo la causa del terror que habia manifestado al entrar con tanta precipitacion en Treff-Hartlog.

Despues de cenar, se volvió Ewen a su aposento y quedaron solos los dos criados en la cocina.

Les-en-Goch, muy embebido en pensamientos, fumaba silenciosamente en su pipa.

Ann-Jann, sabiendo lo inútil que era hablar a su consorte cuando hallaba sumido en reflexiones, se sentó tristemente en un angulo de la chimenea: una secreta instigacion le decia que su mab-meibrin habia corrido peligros de otra especie que los de la borrasca.

De pronto apagó Les-en-Goch su pipa, la puso en el bolsillo, se levantó, tomó el fusil que habia arimado a la chimenea, rejistró la llave, y se dirigió lentamente a la puerta. (Continuad.)